

tirse asombrado por lo cambiante de la tierra soriana, por la cantidad de tonos que aportaba la primavera y que mantenía el verano, el contraste brutal entre el invierno y las demás estaciones. Atento a todo ello fue ascendiendo hasta alcanzar los llanos y de nuevo sintió que había un sinfín de lugares escondidos en el vasto espacio que se abría hacia el norte, rincones que ni siquiera él sospechaba, pero que, sin conocer, le atraían de forma inquietante, como si estuviera obligado a descubrir sus misterios.

De pronto se dio cuenta de que había dejado a un lado la talla perdida de Andrés y volvió a dar vueltas al enigma. Se dirigió a Molinos, aparcó y entró en la cabaña. Había trabajado poco a poco en ella y ahora resultaba más acogedora. Nunca soñó poder disfrutar de algo tan singular, quizás no lo mereciera, pero le encantaba y había ido poniendo un poco de sí mismo allí, personalizando los detalles para olvidar que no era suya. Recordó el día que se acercaron sus padres; se habían quedado tan sorprendidos de la casita y de su entorno, como de que él hubiera elegido un lugar tan solitario, pero lo asombroso es que no entendieron por qué le gustaba el sur de Soria. Su propia madre le había preguntado si no le parecían más bellos los pueblos de la sierra de Guadarrama.

-Nunca me he planteado qué pueblos me gustan más –respondió a su madre-. Yo creo que la naturaleza es bella en cualquiera de sus expresiones, solo hay que saber mirar y ver. En todo caso, los pueblos de la sierra de Guadarrama tienen más de lo que una persona puede pedir, incluso mucha gente alrededor. En Soria todo es aparentemente difícil, la tierra, los pueblos, la subsistencia..., pero eso le da encanto, y, aún más, eso es lo que hace a la gente auténtica. Creo que los sorianos son desconfiados, inicialmente, porque la vida nunca ha sido fácil aquí, pero cuando te conocen, o tienen referencias de ti,

pasas a formar parte de ellos y si tienes cualquier problema, por muy lejos que te encuentres del pueblo en el que resides, sabrán quién eres y te ayudarán sin pedir a cambio más que un saludo cuando vuelvas. No estés intranquila por mí. Me gusta este lugar, soy feliz aquí, tengo muchos amigos y me encuentro como si toda la vida hubiera estado viniendo.

Pedro volvió a la realidad y recorrió de nuevo su casita con la mirada. Tenía la impresión de que estaba demasiado pensativo desde que había llegado a Soria, que daba muchas vueltas a las cosas y llegó a preguntarse cómo podría Miguel vivir con tanta soledad, puesto que eso incitaba a meditar sobre todo lo que había en el entorno y lo cierto es que el entorno era tan grande como pequeño. Grande, sí, pero por lo que a magnitudes se refería, pero pequeño porque gente, actividades y posibilidades eran tan escasas que terminabas dándole vueltas a lo que en la ciudad no concedías ni un minuto de reflexión.

Pensó que se perdía en pensamientos demasiado profundos, así que aparcó las consideraciones sobre el sur de Soria para dedicar un tiempo a su enigma preferido: la talla perdida. Se enfrentaba una y otra vez al misterio y seguía sin ver soluciones, pero no pensaba abandonar, se lo debía a Teresa. Volvió a coger las fotocopias que había hecho de lo que Andrés había escrito y de la leyenda del ermitaño. Se sentó junto a la ventana y se dejó llevar por el pasado. Leyó y releyó la nota y la leyenda:

*Al pie de unas peñas un buen río fluía
y entre grandes rocas una cueva había;
por dentro, esa cueva, de refugio servía,
y fuera, en el prado, cuanto querer tenía.*

Sí, la cueva debía estar en la vega, pero... ¿cómo pensó Andrés que alguien no iba a encontrar la talla? No podía tener